

12 historias y leyendas de  
**Roma**

Michel Laporte



**EDITEX**

Título original:

*12 récits et légendes de Rome*

Textos:

*Michel Laporte*

Ilustraciones:

*Frédéric Sochard*

© De los textos y las ilustraciones

2005, Éditions Flammarion

87, quai, Panhard et Levassor

75647 Paris cedex 13

Traducción:

*Ana Rivas Nussbaum*

© De esta edición

Editorial Editex, S.A.

Vía Dos Castillas, 33. C.E. Ática 7, edificio 3, planta 3ª, oficina B

28224 Pozuelo de Alarcón (Madrid)

ISBN: 978-84-9771-637-6

Depósito Legal: M-43289-2010

Imprime:

Orymu

Ruiz de Alda 1 y 3. Pol. Ind. de la Estación

28320 Pinto (Madrid)

Impreso en España – Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad, ni parte de este libro, pueden reproducirse o transmitirse o archivarlos por ningún procedimiento mecánico, informático o electrónico, incluyendo fotocopia, grabación o cualquier sistema de almacenamiento de información sin permiso escrito de Editorial Editex, S.A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Índice

Prólogo	5
Primera parte	7
1. Relato 1	11
2. Relato 2	25
3. Relato 3	39
Segunda parte	51
4. Relato 4	55
5. Relato 5	61
6. Relato 6	67
7. Relato 7	73
8. Relato 8	81
Tercera parte	89
9. Relato 9	93
10. Relato 10	101
11. Relato 11	113
Cuarta parte	121
12. Relato 12	125
Cronología	139



# Prólogo

*Todos somos romanos en mayor o menor medida, aunque esta afirmación nos sorprenda. Pero si reflexionamos bien...*

*Somos romanos, en primer lugar, por nuestro idioma. El francés y el castellano son hijos del latín, como lo son las demás lenguas romances<sup>1</sup>. Y por partida doble: por su origen y por todos los términos recientes que denominamos “cultos” y que se han creado a partir del latín o del griego: la palabra “ordenador”, creada en 1955, es un claro ejemplo de ello.*

*Romanos también por el derecho que, si bien ha evolucionado con el tiempo, ha conservado en su base los fundamentos de los antiguos latinos. Para convencerse basta dedicar un rato al vocabulario de los abogados, desde habeas corpus<sup>2</sup> hasta pretium doloris<sup>3</sup>...*

*Y por la cultura, por último y sobre todo. Nuestros museos y nuestras bibliotecas están llenos de obras de arte que hacen referencia a la mitología o a la historia romanas, hasta tal punto que ni siquiera se salvan los aficionados a los cómics.*

*Este pequeño recopilatorio pretende familiarizar al lector con algunos elementos y personajes que constituyen la base de la historia romana en sus inicios, y de sus leyendas.*

*No debemos extrañarnos de que comiencen con el relato de la conquista de Troya. En su afán de inventarse orígenes*

---

1 Tales como el italiano, el portugués, el rumano, el catalán, el gallego, el occitano o el sardo.

2 Concepto del derecho que prohíbe mantener preso a nadie hasta que se le haya juzgado y condenado.

3 Literalmente, el “precio del dolor”. Daños y perjuicios que se reciben en compensación por una pena o un sufrimiento moral. Por ejemplo, cuando alguien es víctima del deterioro de un objeto que tenía un valor afectivo que no tiene relación con su precio.



*distinguidos, los romanos decían ser descendientes de una pequeña colonia de fugitivos troyanos. El mismísimo Julio César afirmaba que su familia, la prestigiosa gens Iulia, descendía de Julio<sup>4</sup>, como su nombre indicaba. Por ello, la primera parte de este libro está dedicada a los pasos de Eneas hasta el momento de instalarse en Italia.*

*El segundo personaje importante de los inicios legendarios de Roma es Rómulo, su fundador que, por haberle dado su nombre, es además el héroe epónimo. Le he dedicado en su totalidad la segunda parte, desde su nacimiento milagroso hasta su ascensión al Panteón.*

*En cuanto a la tercera parte, su lectura resultará de lo más útil antes de una visita a los museos del Louvre o de Orsay (o muchísimos otros). De hecho, pone en escena a una legión de personajes que han inspirado a pintores y escultores numerosas veces. Incluso permitirá a los amantes del rugby responder a la espinosa cuestión: ¿quién fue el primer Brennus<sup>5</sup>?*

*Para terminar, en la cuarta parte, descubriremos al inventor del alpinismo para elefantes, Aníbal. En la actualidad, tanto los elefantes como los demás animales pasarían el puerto que él franqueó sin cansarse, en camiones, por el túnel que atraviesa la montaña. Pero en aquella época, era toda una hazaña...*

*He aquí, pues, doce relatos que nos muestran hasta qué punto seguimos estando emparentados con la antigua Roma. Algo que no deja de ser normal, puesto que, decididamente, todos somos romanos en mayor o menor medida...*

---

4 Otro nombre de Ascanio, el hijo de Eneas.

5 N. de la T.: Charles Brennus es el nombre del artista creador del trofeo del campeonato de Francia de Rugby y cofundador de la federación francesa de ese deporte; Brennus (o Breno) se llamaba también el jefe de la tribu gala protagonista de la primera invasión gala de Italia.



# Primera parte

Leyendas de los  
orígenes remotos







Los tres relatos que componen esta parte proceden en su totalidad de la *Eneida*, de los cantos II, IV y VI, respectivamente. Esta obra, compuesta bajo el reinado de Augusto, es una epopeya, es decir, según la definición del diccionario, un poema extenso [...] con personajes heroicos. La *Ilíada*<sup>6</sup> o la *Epopeya de Gilgamesh* son ejemplos de epopeyas.

Su autor, el poeta Virgilio, era originario de Mantua, en el norte de Italia. Nacido el año 70 antes de Jesucristo, Virgilio comenzó a escribir la *Eneida* el 29 a. C. Murió diez años más tarde dejando su largo poema inacabado.

¿Qué acciones heroicas nos relata la *Eneida*? Se trata de las aventuras de Eneas, un príncipe troyano, que se vio obligado a huir de Troya y vino a instalarse en el Lacio, de tal forma que sus descendientes pudieran, un día, fundar Roma.

Es evidente que no podemos impedir acordarnos de Homero. Virgilio jamás ocultó que se había inspirado en su predecesor. Pero esto no le impide ser original. Entre las diferencias claras que existen entre las dos obras, hay una que merece la pena señalar: a pesar de estar plagada de combates, sangre y violencia, la *Eneida* es un alegato pacifista. De hecho, la intención de Virgilio era mostrar el horror de la guerra. En su época, la *pax romana* estaba a la orden del día y prometía ser una de las conquistas más hermosas de Augusto.

Así que el segundo relato de esta parte está dedicado en exclusiva al amor, no a la guerra. Un amor imposible, es verdad, portador de destrucción y que termina mal. Pero es que cuando los dioses (o más bien las diosas) se mezclaban en asuntos humanos, no se podía esperar un final feliz.

---

<sup>6</sup> Se pueden leer pasajes de esta obra en *12 relatos de la Ilíada y la Odisea* del mismo autor y en esta misma colección.



Lo precede una narración de la conquista de Troya. Se trata de un episodio muy célebre: todo el mundo ha oído hablar del caballo de Troya. Pero Homero se limita a aludir al saqueo de la ciudad por parte de los griegos, no lo cuenta. El punto de vista en este caso no deja de ser parcial, puesto que lo relata un troyano. Pero nos permite conocer o reconocer a algunos personajes famosos.

En el tercer relato los protagonistas son los primeros habitantes del Lacio, el pequeño perímetro alrededor del Tíber que será el primer territorio de Roma cuando la ciudad empiece a crecer. Seguramente los romanos sabían que eran más descendientes remotos de aquellos primeros moradores que de Venus, a través de Eneas. Veremos que Virgilio se asegura de no vapulearlos demasiado...



# Relato 1

De cómo el héroe troyano Eneas consigue huir de su ciudad, que los griegos han invadido, llevándose con él sus dioses familiares.



*Después de recorrer los mares durante más de seis años, Eneas, el príncipe troyano, llega por fin a las orillas del norte de África. Aquí, se yergue la orgullosa Cartago, ciudad sobre la que gobierna la reina Dido. Eneas desembarca con cierta aprensión. Hasta ese momento, no se ha librado de nada: ni del duelo, ni de la tempestad, ni de las desgracias. Y todo porque Juno lo detesta. ¿Y cuál es la causa de tanto odio? Pues que es el hijo de Venus, que se ha llevado el premio de belleza arbitrado por*



*el troyano Paris. Juno no se lo perdona, ni tampoco a Troya ni a Eneas, y seguirá con su venganza hasta el final.*

*Sin embargo, en Cartago la acogida resulta cordial. Invitado al palacio de la reina, que ofrece a sus huéspedes un gran banquete, Eneas debe ceder a las súplicas y relatar cómo tuvo que huir de su ciudad natal cuando los griegos la invadieron.*

*Dejémosle la palabra...*

**N**oble reina, me pides un relato que despierta en mí dolores indescriptibles. Pero aunque mi corazón sangra al recordar la ruina de Troya, aquí lo tienes:

La guerra duraba ya años y años. Nosotros sabíamos por los espías y por los prisioneros que los griegos empezaban a dudar de conseguir tomar la ciudad. Como nosotros, estaban agotados, abatidos...

Les habíamos visto construir un caballo con tablones de pino; pronto fue tan alto como una colina. Nos planteamos muchas preguntas sobre esto, pero se extendió el rumor de que se trataba de una ofrenda que dirigían a Minerva, su protectora. Aparentemente, con este presente querían asegurarse un regreso feliz a su patria.

Y de hecho, se marcharon. Sus barcos partieron de la orilla troyana. En realidad no se habían ido lejos, solamente hasta la isla de Tenedos, que se encuentra frente a las costas de Troya. Allí, desembarcaron y se ocultaron a esperar los acontecimientos. Esto, por supuesto, nosotros lo ignorábamos. ¡Estábamos convencidos de que se habían embarcado para irse de una vez por todas a Micenas, Esparta y Argos!

Para nosotros, su partida fue como salir de un duelo interminable: las puertas de la ciudadela se abrieron; tuvimos el placer de visitar su campamento abandonado. Aquí acampaba el ejército del orgulloso Agamenón; allí, el del fogoso



Aquiles... Y todo a nuestro alrededor, la llanura que había resonado con el rechinar brutal de las armas estaba silenciosa.

Mis conciudadanos se asombraron del regalo que el enemigo había hecho a la diosa. Todos admiraban las dimensiones gigantescas del caballo. Hubo algunos que sugirieron introducirlo en nuestras murallas. ¿Fue una traición por su parte? Otros, con mejor criterio, propusieron echar la estatua al mar o quemarla. ¡Si les hubiéramos escuchado!

Una muchedumbre cada vez mayor discutía en torno al caballo, dividida entre opiniones contrarias, cuando Laoconte, el adivino, salió a toda prisa de la ciudad.

—¡Desgraciados! —gritó—. ¿Qué locura os aprestáis a cometer? ¿Acaso creéis que los enemigos están lejos? ¿No habéis sufrido suficiente por su astucia y su malicia? Por mi parte, ¡estoy seguro de que este caballo es una artimaña! ¡No me fío de los griegos ni siquiera cuando dejan regalos tras de sí!

Mientras hablaba, lanzó una jabalina a los flancos redondeados del animal. Se clavó en ellos vibrante, con un sonido largo, parecido a un gemido. ¡Si hubiéramos escuchado a Laoconte, la alta ciudadela de Príamo todavía estaría en pie!

Pero en aquel momento trajeron a un prisionero griego. Verás, noble reina, hasta qué punto puede llegar la perfidia de los griegos. Aquel joven se lamentaba amargamente:

—¡Qué desgracia! —decía—, ¿qué desgracia me aguarda, ahora que ya no tengo ni la esperanza de regresar a mi país?

Nosotros no sabíamos que había aceptado arriesgar su vida para hacernos caer mejor en la trampa. Sus quejas y su llanto nos conmovieron. Le liberamos de sus ataduras antes de interrogarle. En primer lugar le preguntamos por qué lo habían abandonado sus compañeros.

—He sido víctima de una venganza de Ulises. Me opuse a él durante el reparto de un botín. Como es tenazmente rencoroso y una maldad más ya no le importa, se aprovechó



de que me había alejado de la orilla para hacerse a la mar sin mí.

También quisimos saber qué motivos habían impulsado a nuestros enemigos a levantar el sitio y a qué venía aquel caballo. Nos respondió con tanta habilidad que ni siquiera desconfiamos de sus mentiras.

Nos explicó que hacía ya tiempo que la impiedad de sus reyes había indisputado a Minerva contra los griegos. Tenían la sensación de que ella se había apartado de ellos y de que, privados de su apoyo, jamás podrían tomar la ciudad. Por añadidura, su adivino Calcante les había dicho que debían volver a su patria lo antes posible si querían evitar el desastre. Siguiendo su consejo, habían construido el caballo, en ofrenda a la diosa, para reconciliarse con ella y asegurarse un regreso favorable.

Estas fueron las palabras engañosas que nos perdieron, así como un acontecimiento terrible que tuvo lugar en aquel momento. Del mar espumoso surgieron dos serpientes enormes que avanzaron por la orilla. La muchedumbre estaba petrificada de terror. Las bestias se dirigieron directamente a Laoconte y, en primer lugar, se llevaron a sus dos hijos pequeños que estaban a su lado. Rodearon sus cuerpecitos con sus monstruosos anillos y, poniendo en blanco sus ojos inyectados de sangre y fuego, desgarraron con los dientes sus tiernos miembros. Laoconte voló a socorrer a sus hijos, con las armas en la mano. Entonces, los dos monstruos le aferraron con sus anillos y rodearon sus cuerpos poderosos alrededor de su cuello, mientras él emitía unos gritos estremecedores. En vano intentó desasirse de aquel abrazo letal hasta que la negra muerte vino a llevárselo.

Un temor religioso atenazó todos los corazones mientras las serpientes volvían a zambullirse entre las olas. Se murmuró que Laoconte había cometido un crimen al clavar



su jabalina en el flanco del caballo sagrado. Que había pagado por su sacrilegio. Por todos lados se elevaron voces que reclamaban que se colocara la estatua gigante en el santuario de Minerva. Se imploró entre gemidos la protección de la diosa...

En las altas murallas de Troya que los griegos no habían conseguido franquear jamás, abrimos una brecha. Deslizamos ruedas debajo de las patas del caballo. Pasamos sogas alrededor de su cuello mal desbastado. A base de esfuerzo, la máquina cruzó nuestras puertas. La hicimos atravesar parte de la ciudad para llevarla hasta el recinto consagrado. Los niños la escoltaban riendo y cantando alegres himnos. En todas partes, flores y ramajes ornaban las fachadas de las casas y los templos. Troya creía estar viviendo un día de fiesta, pero era el último.

Después, la noche desplegó sus sombras sobre la faz de la tierra. En la ciudad de Príamo, los gritos y los cantos se interrumpieron. Tras una jornada tan preñada de emociones, cada cual se fue a dormir.

Pero ya, desde Ténéodos, los navíos de los griegos habían vuelto a hacerse a la mar. Bajo la luna muda, llegaron hasta la orilla, ignorados por todos.

Los soldados griegos escondidos en el caballo se agitaron. Abrieron la trampilla por la que habían entrado y se dejaron deslizar hasta el suelo. Se plantaron en el suelo sagrado de la ciudadela. Felices de ver el éxito de su ardid, Tesandro, Esténelo y el cruel Ulises, Acamas, Pirro, Macaón, Menelao y Epeo, se diseminaron por las calles hacia las murallas. Masacraron a los centinelas. Abrieron las puertas de las murallas de par en par.

Era la hora del primer sueño. Y hete aquí que en sueños creí ver a Héctor aparecerse ante mí con su aspecto anterior, cuando su enemigo lo arrastraba ensangrentado por el polvo y con los pies atados con correas.



—¡Amigo mío, en qué estado te vuelvo a ver! ¿Qué significan estas heridas?

Él, en lugar de responder a mi pregunta, se limitó a emitir gemidos que partían el alma antes de decir:

—¡Huye mientras aún hay tiempo, Eneas! ¡El enemigo está dentro de las murallas! ¡La ciudad se desploma! Si la pudiera salvar el brazo de un mortal, ese brazo sería el tuyo. Pero es demasiado tarde. Troya te confía sus Penates<sup>7</sup> ¡Llévatelos! Parte en busca de unas paredes para ellos, de templos y murallas que elevarás después de haber errado largo tiempo por los mares y las tierras.

Mientras hablaba, me llevó hasta los santuarios de la poderosa Vesta<sup>8</sup> y el fuego eterno para colocarlos en mis manos.

Durante este tiempo, los griegos tocaron tierra y se precipitaron por las puertas abiertas. La casa de mi padre, donde yo dormía, estaba construida alejada del centro de la ciudad. Pero en un momento el estruendo de las armas fue tan violento que me desperté sobresaltado. Agucé el oído y comprendí. Di un salto para tomar mis armas, sin saber si podía hacer todavía algo por la ciudad pero decidido, en cualquier caso, a granjearme una muerte gloriosa en combate.

No había tenido tiempo de armarme completamente cuando apareció Panto, sacerdote de Febo.

—¿Dónde es la batalla, Panto? ¿Aún resiste la ciudadela?

—¡Ay! —respondió gimiendo—, se acabaron los troyanos y se acabó Troya. Júpiter todopoderoso ha concedido la victoria a los griegos. Recorren como amos la ciudad en llamas.

---

7 Dioses del hogar para la persona, del Estado para una nación. Debido a su voluntad de consolidar la forma de gobierno que acababa de crear, el emperador Augusto tenía mucho interés en el culto nacional de los Penates. De donde procede la intención de Virgilio de atribuirles un origen secular y famoso.

8 Diosa doméstica del hogar.





Por todas partes brillan sus espadas, que se ensañan en su afán por sembrar la muerte.

No quise oír más. Me lancé hacia las llamas y la batalla. Por el camino, algunos jóvenes, troyanos y aliados, se me unieron. Al verlos decididos a luchar, les dije:

—Jóvenes guerreros, esta es nuestra situación: los dioses que permitían a la ciudad de Príamo resistir han abandonado su santuario. Solo nos queda una salida: ¡morir con las armas en la mano! ¡La única salvación para el vencido es no esperar salvación alguna!

Con estas palabras, como lobos rapaces y hambrientos, nos lanzamos entre el humo y los proyectiles. Subimos corriendo por la calle principal de la ciudad, seguros de enfrentarnos a una muerte inevitable.

¿Qué palabras, noble reina, podrían narrar el horror de aquella noche? ¿Dónde encontraríamos suficientes lágrimas para llorar tantos infortunios? Por todas partes se esparcía el duelo perverso y, por todas partes, el terror y la imagen de la muerte. Miles de cadáveres tapizaban las calles, mancillando el suelo sagrado de los templos. La ciudad entera era pasto de las llamas, ella que había sido lo más granado de Asia durante siglos.

Al amparo de la noche, mis amigos y yo libramos rudos combates. Habíamos enviado a la morada de Orco<sup>9</sup> gran cantidad de valerosos griegos. Pero pronto nos vimos superados por su número: salían enemigos de todas partes. El primero, Corebo, sucumbió a sus mandobles, después cayeron también Ripeo, Híspanis y Dimante.

Entonces, un gran clamor nos atrajo hacia el palacio real. Allí, la lucha era aún más encarnizada. Había escalas plantadas

---

<sup>9</sup> Uno de los dioses de los Infiernos. Enviar a la morada de Orco significa, pues, “matar”.



a lo largo de los muros y, ante la misma puerta, los griegos se esforzaban por subir los peldaños protegiéndose tras los escudos que sostenían en la mano izquierda. Los troyanos, por su parte, demolían los techos del palacio: para intentar defenderse, hacían rodar sobre el enemigo las pesadas vigas doradas que habían levantado nuestros padres. Esta visión reanimó en mí el ansia de defender el palacio.

Había una puerta secreta con un pasadizo que comunicaban los apartamentos de Príamo entre sí. Por él me deslicé para llegar a la terraza superior del palacio. Desde allá arriba, se divisaba Troya entera, así como los barcos de los griegos y su campamento. Por todas partes, los enemigos avanzaban a pesar de los proyectiles y de las piedras que les caían encima.

Pirro, hijo de Aquiles, apareció en el umbral del palacio. Dirigía a una tropa de guerreros que lanzaban antorchas inflamadas a los tejados. Él mismo, armado con un hacha de doble hoja, se afanaba contra los batientes de la puerta. Cortó la madera, rompió los herrajes y abrió una enorme brecha. Los griegos se abalanzaron a los apartamentos reales en medio de un tumulto aterrador. Para impedirles el paso y proteger a sus hijos, las madres hicieron una muralla con sus cuerpos. Como un río enfurecido que ha roto sus diques, los griegos las echaron al suelo y las pisotearon. Pirro, digno heredero de la violencia paterna, se abrió paso a golpe de espada. Le vi, ebrio de masacre, y con él los dos atridas, apagar con la sangre de Hécuba y sus cien hijas y nueras el fuego que ardía en el altar familiar. Como palomas asustadas por una tormenta, se habían refugiado en el recinto sagrado, temblorosas, abrazando las estatuas de los dioses.

El rey, el viejo Príamo, estaba con ellas. Al ver el desastre que golpeaba su ciudad, se había puesto sus viejas armas, aunque ya no tenía costumbre. Blandiendo con mano temblorosa una espada que sabía inútil, quiso abalanzarse contra



sus enemigos. Pero Hécuba, su digna y leal esposa, le había llamado:

—¿A dónde corres así? No es un defensor como tú lo que la situación requiere. Mejor, ven a quedarte con nosotras. Este altar nos salvará o morirás con nosotras.

Después de pronunciar estas palabras, le había hecho sentarse junto a ella. Pero hete aquí que aparece Pólites, uno de los hijos de Príamo, y tras él Pirro que le persigue, espada en alto. Atravesado por la lanza del griego, Pólites se desmorona. A los pies de sus padres, pierde la vida en un mar de sangre. Entonces, Príamo no puede aguantar su cólera. Increpa a Pirro con estas palabras:

—¡Que los dioses te castiguen como mereces por haber mancillado la mirada de un padre con la visión de la muerte de su hijo! ¡Este Aquiles, de quien pretendes falsamente ser hijo, al menos habría respetado a su enemigo!

Entonces, con su mano desprovista de fuerza, el soberano lanza su jabalina, que el escudo de Pirro desvía sin dificultad. Y contesta al rey:

—Pues muy bien, ¡puedes ir a quejarte a mi padre personalmente!

Y con estas palabras, arrastra al anciano a los pies del altar deslizándolo por encima de la sangre de su hijo. Agarra su cabello blanco con la mano izquierda y, con la derecha, le clava la espada en el flanco hasta la empuñadura. Este fue el final de Príamo. Y así murió, por decisión de la suerte, mientras Troya ardía.

Un terror feroz me dejó helado. Me asaltó la imagen de mi padre al ver a aquel rey, de su misma edad, perder la vida. Pensé en Creúsa, a quien había dejado sola, en el peligro que corría mi pequeño Ascanio. Miré a mi alrededor. Ya no quedaba ningún guerrero. Todos me habían abandonado o habían sucumbido, al metal o al fuego.



Al mismo tiempo, en el umbral del templo de Vesta, descubrí a Helena. Estaba oculta en las sombras, temiendo tanto la cólera de los troyanos como la del esposo al que había traicionado.

Al verla, la furia inflamó mi corazón y pensé, “así pues, ella va a volver sana y salva a su hogar, a ver Esparta, su casa, a sus padres y a sus hijos, ¡mientras que Príamo habrá muerto, y Troya habrá sido pasto de las llamas! ¡No, de ninguna manera! Aunque no sea glorioso en absoluto castigar a una mujer, gozaré haciéndola sufrir el castigo que se merece”.

Iba a dar rienda suelta a mi cólera cuando, en medio de una luz cegadora, mi venerable madre apareció ante mis ojos. Sostuvo el brazo que blandía la espada y, con sus labios de rosa y flor de lis, me dijo:

—Hijo mío, ¿qué haces aquí? Corre mejor a buscar a tu padre, abrumado por la edad, a tu esposa Creúsa y al pequeño Ascanio. Los griegos ya han pasado diez veces cerca de ellos y, sin mi protección, las llamas o las espadas les habrían arrebatado su existencia. ¡Deja a esta mujer! Ella no es la responsable de la caída de Troya, sino el destino y los grandes dioses. Fíjate, si no me crees. Allí, donde caen aquellas piedras, entre nubes de polvo y humo, es Neptuno quien arranca de cuajo la ciudad a golpes de tridente. Allí, la despiadada Juno sostiene las puertas abiertas para permitir la entrada de más enemigos cada vez. Minerva, personalmente, ocupa la cumbre de la ciudadela e infunde ánimo a las fuerzas de los asaltantes.

Mirando a los lugares que ella me señalaba, vi, en las profundidades de la noche, alzarse figuras aterradoras. Eran los grandes poderes divinos quienes se ensañaban contra Troya...

—Sigue mi consejo, querido hijo —continuó mi madre—, huye sin más demora. Tu destino no está aquí. Yo estaré



siempre a tu lado. Para empezar, te voy a llevar al palacio paterno.

Conducido por la diosa, me deslicé entre el incendio y los enemigos. Las flechas desviaban su trayectoria para evitarme y las llamas retrocedían ante mí. Cuando llegué a la casa de mi padre Anquiso, le anuncié mi deseo de llevarle con mi esposa y mi hijo para ponerles a salvo en la montaña. Él se negó rotundamente:

—Vosotros que no habéis sufrido los ultrajes de la edad, ¡huid, rápido! —me contestó—. ¡Yo me quedo! Si los dioses no hubieran querido mi muerte, habrían preservado este palacio y esta ciudad donde resido. ¡Decidme adiós y partid! En cuanto a mí, he vivido demasiado, porque he sobrevivido a la caída de mi ciudad. Un enemigo me dará muerte por piedad o para saquearme. Da igual, no me aflige prescindir de una tumba.

Intenté convencerlo. Se mantuvo impasible. Le suplicamos llorando yo, mi esposa y su nieto, Ascanio, para que no hiciera con su muerte aún más amarga la desgracia que nos había golpeado. Pero no quiso saber nada.

Desesperado, incapaz de abandonarlo a la misma suerte terrible que Príamo, aterrado por la idea de ver pronto a Creúsa y a Ascanio inmolados abrazándose, volví a tomar las armas, decidido a hallar la muerte lo antes posible combatiendo.

Pero entonces ocurrió un prodigio: un fuego brotó de la coronilla de Ascanio, envolviendo su cabellera rizada con un resplandor sobrenatural. Atemorizados, su madre y yo arrastramos al niño hasta una fuente para apagar esta llama sagrada. Pero mi padre extendió los brazos al cielo y clamó:

—Júpiter, todopoderoso, si te dejas conmovir por mis oraciones, concédenos tu ayuda confirmando este presagio.



Apenas había hablado el anciano, sonó un trueno y, deslizándose entre las tinieblas, una estrella brillante nos mostró un camino hasta los bosques del monte Ida. Entonces, mi padre se levantó diciendo:

—¡Dioses de mis padres, este presagio viene de vosotros! Troya está aún bajo vuestra protección en la persona de mi nieto.

Y luego, volviéndose hacia mí, añadió:

—Ya no me niego, querido hijo, a irme contigo. Pero, como sabes, no puedo andar.

Se escuchaba aproximarse el rugido del fuego por las murallas.

—Muy bien, amado padre —le respondí—, súbete a mi cuello y te llevaré sobre los hombros. No me pesarás mucho. Lleva en tus brazos los Penates de la patria. Yo que estoy rojo de sangre cometería una impiedad al tocarlos.

Y al momento le subí sobre mis anchos hombros antes de sumergirme en las tinieblas. El pequeño Ascanio se aferraba a mi mano derecha; mi esposa caminaba detrás. Yo, que hasta entonces no había tenido miedo del fuego ni de las armas enemigas, me echaba a temblar por mi carga y por el niño cada vez que oía un ruido. Y llegamos hasta las puertas. Creía haber dejado atrás el peligro cuando me pareció que alguien nos perseguía.

—Hijo mío —dijo mi padre—. ¡Huye! ¡Déjame aquí!

Al oírle, apreté el paso forzando al pequeño Ascanio a trotar a mi lado. ¿Fue en este momento cuando me fue arrebatada Creúsa, mi tierna esposa? ¿Se detuvo? ¿Engañada por alguna divinidad malintencionada, tomó un camino equivocado? ¿Sucumbió a la fatiga? No lo sé.

Llegamos a un pequeño santuario de Ceres, al pie de la montaña. Fue aquí donde comprendí que no nos había seguido. La esperamos un buen rato, pero no llegó.



Dejé a Anquiso, a Ascanio y los Penates resguardados en el templo de Ceres y volví a la ciudad a buscarla. Con las armas en la mano, deshice el camino hasta el palacio paterno. Los griegos lo habían incendiado y las llamas voraces rebasaban el tejado. De mi esposa, ni rastro.

Avancé hacia la ciudadela y el palacio de Príamo. Bajo los pórticos ennegrecidos estaban reunidos todos los tesoros de Troya que eran el botín de los griegos: las mesas de los altares, las crateras de oro macizo, las armas y las ropas de los vencidos, además de gran cantidad de niños y de mujeres, en largas hileras temblorosas.

Hice retumbar el nombre de Creúsa por los pasajes, las plazas y las calles oscuras. Sumido en un intenso dolor, la llamé durante mucho tiempo en vano. Mucho tiempo erré buscándola. Por último, como un infortunado fantasma, se irguió ante mis ojos.

— ¿Por qué te abandonas a este dolor insano, esposo mío? —me preguntó—. Entiéndelo, los dioses no han permitido que me lleves como compañera. Te espera un largo exilio y durante mucho tiempo tendrás que surcar el vasto mar. Llegarás por fin a la tierra donde se deslizan las aguas tranquilas del Tíber. Allí, el destino te tiene reservados un reino y una esposa real. Deja de llorar a tu querida Creúsa. Si esto te consuela, debes saber que no iré como esclava a servir a las mujeres griegas. Cibeles, la Abuela, me retiene aquí a su lado. Adiós, pues, querido esposo, y cuida bien de nuestro hijo.

Tras pronunciar estas palabras, se puso a llorar. Tres veces intenté abrazarla, pero cada vez su imagen escapaba entre mis manos, como las sombras que se esfuman. Después, desapareció con la brisa.

El alba despuntaba ya cuando me reuní con mi padre y mi hijo. Tuve la sorpresa de ver que un número bastante



considerable de mis conciudadanos, hombres, mujeres y niños, estaban con ellos. Se declararon dispuestos a seguirme adonde quisiera conducirles. Así pues, como los griegos seguían dominando las puertas de la ciudad, volví a cargar a hombros a mi padre y tomamos el camino de las montañas.

